

EL ARCO

Núm. 267 Cartagena 22 Noviembre 1918 Año XI

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

Ha terminado la guerra

¡La paz!

Hermosa palabra; grandioso concepto; término feliz de la cruenta matanza que ha convertido a la vieja Europa en un inmenso cementerio.

Nosotros te recibimos con el corazón henchido de alegría con la vista puesta en el cielo y con la gratitud de los creyentes que adoran y bendicen a Dios, aun en sus adversidades y entonan jubilosos himnos de gratitud en su prosperidad.

Quisiéramos en estos momentos abrir nuestro pecho y mostrar a todos la inmensa satisfacción que invade todo nuestro ser; pero la cabeza torpe que poseemos, y la pluma más torpe aún que ha de traducir nuestro pensar, están muy por debajo de nuestro sentimiento.

Los que, por la gracia de Dios, poseemos sentimientos cristianos; los que miramos todos los acontecimientos a través de las clarividencias que presta la fe, somos los únicos que en momentos como el presente, solemnes para la humanidad, sabemos despreciar egoísmos, ahogar pasiones, ahuyentar bajas miserias y, fijándonos sólo en los dolores sufridos por las naciones beligerantes y fundiéndolos a todos en fraternal abrazo espiritual, gritamos desde el fondo de nuestra alma: Bendita sea la paz! ¡Dichosa la hora en que ha llegado!

¡Pobre Europa desangrada! ¿De qué te ha servido la guerra? La promovieron las dádivas y la intriga; y cuando el laurel de la victoria cina la frente del vencedor, lo verá éste manchado con la sangre de sus hermanos, la desolación de las viudas, el desamparo de los huérfanos.

Y al comparar el éxito con el precio de su adquisición se estremecerá de terror: por cada victoria, miles de cadáveres; por cada avance, regiones enteras destruidas; por cada cláusula satisfactoria del futuro Tratado de

paz, enormes riquezas sepultadas y desaparecidas.

No es el momento oportuno para discutir quién venció; no es la ocasión propicia para balances de egoísmo, cuando las columnas numéricas de los mismos son un inmenso berrón y crimen de lesa humanidad.

Pero hay hechos indiscutibles, y entre ellos aparece y con definido carácter la proclamación de la república en Alemania. ¡Triste nación que ve partir a su rey silencioso y apenado! Heroico pueblo por cuya grandeza se sacrifican sus reyes! ¡Admirable cultura que pasa el doloroso trance del nacimiento a nueva vida sin las convulsiones orgánicas que preceden a todo alumbramiento!

Los que lo calificarán de bárbaro y de salvaje, ¿cuánto tienen que aprender del mismo!; los que le denostaron por su incultura, ¿cuántas veces tendrán que acudir a la misma para alumbrar la senda de su progreso!

Muere una dinastía; pero no ha muerto un pueblo: éste seguirá vigoroso y grande, y o restaura su monarquía esplendorosa, o implanta en la vieja y caduca Europa el modelo más perfecto y acabado de república, entre la admiración de todas las de guardarropía que hemos conocido hasta ahora.

La hora de la expiación ha terminado; el brazo de Dios, que azotaba al mundo, se ha levantado para bendecirlo amorosamente. Deseo ferviente de nuestra alma cristiana es el de que no se vuelvan a repetir las terribles escenas que ya pasaron, y que unidos los corazones de la humanidad por las santas ideas de la fraternidad cristiana, pueda escribirse en el frontispicio de la nueva era histórica que se abre en estos momentos aquellas sublimes y consoladoras palabras: *Pax et justitia osculate sunt.* «Se han fundido en beso fraternal la paz y la justicia.

Llévame al cine, mamá

Como los paseos son para mí, terrible lata, de un cine fui a la función buscando una distracción buena, bonita y barata:

De aburrirme en el local el temorcillo banal asaltóme de repente. La sesión era especial para niños solamente.

Tras dudar, me sometí al aburrimiento horrible, y al cabo me decidí a pasar el rato allí del mejor modo posible.

Descendió un blanco telón; me adormeci con el son de una música muy mala; quedóse a oscuras la sala y comenzó la sesión.

¡Qué cartel! Había en él, por desgracia, asuntos tan feos y tan a granel, que pensé: ¡de fijo han equivocado el cartel!

Incendios, inundaciones, profanadores impíos, y fantasmas a monlones, y adulterio, y ladrones, y raptos y desafíos.

Enseñanzas que sin velos siembran de locos anhelos con sus ficciones malditas en inocentes almitas de los lindos pequeñuelos,

Del cine luego salí pensando malhumorado ante el programa que ví: ¿quién será el que lo ha formado para los niños así?

Pues si como selección se organiza esta función para los niños... ¿señores! ¿cómo será la sesión para personas mayores?

Tomas Rendonno.

De aquí y de allá

Dice «Diario de Valencia»:

«Parece confirmarse el rumor de que el Gobierno inglés ha notificado al español que quiere apoderarse de los barcos que Alemania nos entregó en sustitución de los nuestros torpedeados.

¿Qué ha pasado ahora para que Inglaterra nos pida lo que es ya nuestro?

Pues sencillamente que no quiere consentir que salgamos de la guerra sin salpicaduras, que nos encontremos a la hora

de la paz con nuestra Marina mercante intacta: nos quiere débiles y sumisos; nos quiere impotentes y deshonrados.

Pueden si quieren nuestros aliados alabar el gesto de Inglaterra; nosotros los españoles netos, levantamos la frente activa para escupir en el rostro a nuestros verdugos.

No queremos proteccionismos de esa naturaleza; no queremos que la paz de derecho que Dios que viene sea una «nagaza» mas contra nuestro honor nacional.

Protestamos enérgicamente contra esos procedimientos de bandolerismo, muy parecidos a los del saltador de caminos que pidiera viajeros continuos para desbalijarios, o la de los parásitos que cuidan a los seres a costa de los cuales viven, sólo para prolongar su agonía y para que no les falte materia con que alimentarse.

Si el hecho brutal que denunciábamos se llevara a efecto, habría que ir pensando si se han vuelto locos todos los habitantes del mundo: Los unos, por intentarlo; nosotros, por consentirlo.»

Dice *El Universo*

«Los que ya somos viejos y vivimos del recuerdo del pasado, nos acordamos de la famosa asamblea del Lirico, donde los republicanos se «unieron» y proclamaron jefe a Selmeron, a quien desconocieron, vejaron y depusieron luego los propios, los mismos que habían iniciado el proclamarlo.

Ahora... ¡ahí está la reunión del Ateneo! «¡Viva la unión!» Al salir a la calle Lerroux y Domingo van juntos y al frente de su muchedumbre hasta el Palace Hotel. Lerroux y Domingo se odian profunda, implacablemente. Domingo envidia a Lerroux el talento; Lerroux a Domingo el que como es nuevo aún no está inculcado... y no decimos más. Lerroux ve en Domingo a quien le ha roto los últimos sueños positivos, los de Barcelona. No pueden ver. ¿Adónde irán juntos que no se recelen, que no se vigilen, que no se delaten?